

MARTA LÓPEZ GIL

1. Sumarísimas denuncias, precipitadas afirmaciones, no fundadas negaciones, contradicciones, malentendidos, dieron forma a esa polémica, y evidenciaron una sorda inquietud frente a la desestabilización de una Ilustración –esa figura que adoptó el hombre occidental: el “hombre de la luz”- que se ve acabada o no se quiere acabada. El resultado: un hombre en tensa espera de una nueva figura histórica.

El pensamiento postmoderno es, entonces, el pensamiento de la crisis, un pensamiento incierto, perplejo, informe, ofuscado, aturdido. ¿Cómo olvidar a Platón?, ¿cómo olvidar a Kant?, ¿cómo olvidar a Hegel? Atento ese pensamiento a las nuevas realidades histórico-políticas y culturales, debe constituirse a partir de inéditos ejes teóricos. Incluso buscar nuevos géneros discursivos, nuevas formas lingüísticas, a partir del convencimiento de que la moderna no es la única forma de hacer filosofía, aunque sea cierto que resulta muy difícil trasladarse a otro terreno teórico, que no sea el de la fundamentación y argumentación autolegitimante.

Si no convence el término postmoderno para designar a este pensamiento, si se considera que la postmodernidad está desacreditada ya, como se ha dicho, habrá que inventar otro nombre, para una filosofía cuya racionalidad parece tener pues de barro. Esto se conecta con la pregunta que sigue.

2. No pasa nada en el mundo de la vida. No creo que las fundamentaciones resolvieran nada en cuanto a las urgencias y problemáticas vitales, en referencia a lo que nos pasa. No se suspenden las decisiones porque se ignoren los fundamentos o no se tengan respuestas. Sí, en el campo de la filosofía. En realidad abandonar esa reiterativa y poco productiva pregunta por los fundamentos, es negarse a dibujar el presunto espacio de una filosofía moral “pura”. Naturalmente que la tarea de la Ética, como disciplina, parece precipitarse en el vacío. Pero este vacío es sólo aquel que marca la ausencia de las verdades-fundamento, las que, por otro lado, hicieron trabajoso resolver el maridaje de individuo y razón. No es, en cambio, vacío en cuanto a las posibilidades de distinguir entre bien y mal.

3. Hay tres temas generales que vale la pena tener en cuenta para diseñar una Ética del futuro

1. Frente a una razón legisladora, se puede sostener un escepticismo con respecto a esa supuesta legislación que conduciría a articular las condiciones **necesarias** de “una posición originaria o Asamblea originaria” a la manera de Rawls, o de una “situación discursiva ideal o comunidad ideal de comunicación” a la manera de Apel o Habermas.

2. En este sentido escéptico es interesante el aporte del feminismo, que cuestiona el yo autónomo como una muy peculiar abstracción: la del yo varón abstracto y sin cuerpo y con respecto al cual se suprime el crecimiento, el aprendizaje, etc. “Este es un mundo extraño, dice Sheyla Benhabib, un mundo en que los chicos son hombres antes de haber sido chicos; un mundo en que ni la madre, ni la hermana, ni la esposa existen...”. Esto es, el agente ético y político parece ser hombre sin haber crecido. Es tal la falta de compromiso vital a que está obligado que parece no tener historia personal. En cuanto a la mujer, desde el punto de vista ético también, no existe en la medida en que, en una suerte de muerte ontológica, es lo que no es el varón. Y lo que es el varón es precisamente lo que se le exige a un actor moral abstraído de las concretas situaciones en que la vida y los mundos de la vida en que se inserta la acción ubican a tal actor. Si esta figura tuviera algún sentido, la de un “varón abstracto”, lo que se lograría no es objetividad en las evaluaciones y preferencias, sino su pérdida. Un enfoque parcializado e interesado, aunque imperceptible como tal porque forma parte del ideario moderno, imperceptible entonces pero bien histórico, aleja circularmente de lo que se busca como ideal.

3. Denuncias como las de este feminismo, y en general como todas las postmodernas, desenmascaran la inhabilidad de una razón universalista y legislativa para vérselas con la intermediación y multiplicidad de contexto y situaciones vitales.

Podría pensarse que un rearme de la Ética tendría que tener en cuenta dos instancias. Una bien práctica: la búsqueda del rumbo necesario que deba darse a la educación para evitar la indiferencia, la apatía, la anomia. La otra teórica: la necesidad de una Ética **negativa**, que mantenga la tensión y no la disuelva, entre lo que hay y lo que debería haber; que identifique el mal si no es capaz de recortar el espacio del bien; que haga caso del disenso mucho más que del consenso, consenso que se logra con medios externos a la mano de cualquier político o publicista; que en este sentido abra un rumbo hacia la infinitud del otro; que considere a la verdad no como reflejo sino como “procedencia histórica y evite así la trivialidad de un relativismo cultural; que se considere a sí misma en su proveniencia epocal y en su pertenencia a un mundo específico, por ejemplo, a la Europa secularizada; que no caiga en la resignación etnocéntrica pero que tampoco eluda el reconocimiento de ese etnocentrismo; que se haga cargo de esa ironía que consiste en saber que no se puede fundamentar la contingencia de lo que se cree, pero que sí se debe defenderlo en la acción y en las actitudes; que no diga dónde vamos o deberíamos ir —el futuro ya no es lo que era—, sino que se ubique en el presente, territorio en el cual es más fácil y eficaz señalar lo que nos repugna y lo que duele.